

83.231

Universidad de Salamanca

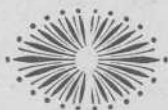
Oración inaugural

leída en la Apertura del Curso
académico de 1925 a 1926

por el

Dr. D. José Tellez de Meneses
y Sánchez

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras
y Catedrático de Historia Universal.



Salamanca.
Imp. y Lib. de Francisco Núñez Izquierdo.
Ramos del Mauzano, 42, y Rúa, 25.
1925



Excmo. señor:

Señoras, señores y muy principalmente
estudiantes de esta Escuela:



CUANDO se recorren las páginas de la Historia nacional en los siglos xv y xvi, siglos que podríamos llamar de oro, atrae todas las miradas dirigidas al campo del saber, un foco vivísimo de luz esplendorosa que, no sólo ilumina nuestra Patria, sino que emite fulgores que llegan a Italia y Francia, países que por entonces compartían con el nuestro el principal papel en la vida de la inteligencia. Ese foco ya comprenderéis cuál era: la Universidad de Salamanca, cuyas glorias voy a cantar como hijo agradecido a esta *Alma Mater* donde he recibido mi formación espiritual y científica; deuda verdaderamente de agradecimiento, deuda del corazón, y las deudas del corazón todos vosotros sabéis que no se pagan jamás.

Encomendándome a vuestra benevolencia voy, pues, a deciros algo, nada más, de *La Universidad salmantina y su riqueza bibliográfica*, tema que voy a desarrollar lo más breve posible, porque de otra manera no lo consienten los límites de estos discursos.

* * *

Al recordar la brillante historia y universal fama de esta gloriosa Escuela, pertúrbase el espíritu de tanta grandeza que pide un ingenio de primer orden que consigne en la misma la historia de la ciencia constituída por esta veneranda

Institución, donde mejor que en las eruditas narraciones de su vida, bajo el aspecto puramente pragmático, se hallaron los fundamentos de su renombre y mundial fama.

Tantos y tantos servicios prestados a la ciencia universal y a la causa del progreso social, político, científico, artístico y literario de nuestra patria, no se aquilatan con una o dos docenas de obras, privilegios y pragmáticas, ni alargando la lista con un centenar de nombres ilustres de sabios y maestros a la ya conocida; es necesario abarcar la ciencia toda, y para esta labor inmensa no bastan las fuerzas ordinarias de una actividad inteligente, ni la erudición some-*ra*; y he aquí la causa de que permanezca virgen su campo, del que se extraería abundante cosecha y riquísimos frutos para la Ciencia.

Salamanca y su Universidad, nombres inseparables que por muchos siglos unidos han volado en alas de la fama, conquistando la admiración y respeto de las generaciones y de las edades.

Imposible pensar de Salamanca sin pensar en su Universidad; la Universidad debe a Salamanca su existencia, y Salamanca debe a la Universidad su nombre; es decir, el espíritu de la Universidad y el de Salamanca son una misma cosa, porque la Universidad no puede vivir sin Salamanca, ni Salamanca sin la Universidad; porque la una es el espíritu y la otra el cuerpo y entrambas constituyen ese todo armónico que tan gratamente suena en la historia Patria informando y dirigiendo las manifestaciones del saber hispano en nuestro gran siglo, ofreciendo ya desde los albores mismos del Renacimiento el anhelo fervoroso de resucitar formas purísimas de las literaturas clásicas para envolver la sustancia inmortal de la idea cristiana.

Gloria ha sido de esta Escuela, y en verdad la más legítima, el suave y fácil consorcio entre la ciencia y la fe, alianza venturosa, que sólo luz produce, y a cuyos resplandores se «camina de la inmortalidad al alto asiento» como cantó el poeta.

Dijimos antes, cual fué la posición de la Escuela de Salamanca ante el Renacimiento; esta revolución de los espíritus, fué recibida como debió serlo por hombres de juicio sólido y saber profundo, capaces de discernir cuales de las realidades del mundo pagano debían volver a la vida, y cuales para siempre estaban muertas y no merecían los honores de una resurrección: de aquí salen las primeras impugnaciones contra la reforma protestante y ámosamente se recoge en la Universidad salmantina, desde bien lejanos tiempos, los deseos de la cristiandad porque viniera un día en que se llegase a la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción y de la infabilidad del Papa.

Si como es sabido, la Universidad de Salamanca era uno de los más famosos estudios Europeos, natural era que en los grandes acontecimientos de los siglos xv y xvi, cuando se ventilaba en Europa la gran cuestión de la Universidad, y mientras Colón los resolvía históricamente allende los mares, Salamanca ocupaba en la liza uno de los puestos más eminentes. Y en efecto, la célebre Escuela estaba representada en la corte del Emperador, y en la del tan calumniado Felipe II, por confesores regios, por consejeros áulicos y hasta por médicos de cámara, bien conocidos en la República de las letras y en la polémica de los sabios y en los Concilios por sus teólogos, y ante los Pontífices por los Cardenales y legados.

Pero ¿cómo no va a alcanzar tales preeminencias y honores la casa insigne que forma el espíritu de tantos clarísimos varones? Oid, para legítimo orgullo de españoles y salmantinos, unos cuantos nombres que esmaltan nuestra historia.

Aquí se formaron sabios como, el Tostado; cosmógrafos, como Deza; hombres de estado, como Mendoza; gobernantes, como Cisneros; teólogos, como Cano; aquí resonó la lira de Fr. Luis de León; hubo aquí juristas, como Soto; canonistas, como Covarrubias; gramáticos, como Nebrija; aquí se forjaron caracteres, como Las Casas; bibliógrafos, como

Nicolás Antonio; hablistas, como Pérez de Oliva; filólogos, como el Brocense; helenistas, como el Pinciano; escritores místicos, como Ramos; escriturarios, como Maldonado; filósofos, como Suárez; políglotas, como Arias Montano; aquí estudiaron médicos, como Laguna; arqueólogos, como Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales; un dramaturgo, como Calderón; y a qué seguir, si todos sabéis que la lista de los hijos ilustres de esta Escuela es interminable.

Quien desee enterarse, y con algún detalle de las positivas glorias de esta Escuela, puede consultar las fuentes que brevemente voy a enumerar: la historia de la Universidad, por Chacón, es interesante para los privilegios reales y pontificios; la de la iglesia por Gil González Dávila y la de la ciudad por Dorado, suministran datos importantes acerca de los colegios y conventos que nacieron a su sombra y le dieron hijos ilustres. Asimismo puede consultarse el cuadro que traza Bañez de los teólogos, sus antecesores en la cátedra; la biblioteca de Nicolás Antonio, para escritores de todo género; el plan de estudios de la Universidad del año 1772; la reseña histórica de Dávila, en 1849; los anuarios que publicó la Universidad desde el 59 al 65; los datos recogidos por Villar y Macías, y por último, haremos especial mención de la *Historia pragmática e interna de la Universidad de Salamanca*, cuyo autor es nuestro querido Rector, obra de la que han hecho grandes y merecidos elogios la Real Academia de la Historia y los doctos en general.

Acudan a estas fuentes, muy especialmente los estudiantes que animan con sus entusiasmos juveniles estos augustos claustros, que aprendan en las mismas aulas en que recibieron la luz inextinguible de la verdad, de tantos sabios varones de épocas pretéritas, y adquirirán al enterarse más al detalle de los prestigios de la vieja escuela, un mayor amor hacia ella, y se decidirán con el animoso brío de su juventud a reverdecer los laureles de los pasados tiempos.

Aun a trueque de repetir algunos conceptos ya expresados, hemos de manifestar que una Escuela fundada y favorecida por los Reyes y consultada en ocasiones solemnes por los Papas, respetada como uno de los cuatro estudios generales de la Europa cristiana; una Escuela que brilla por sus Teólogos en los Concilios de Costanza, Florencia y Rosilea, y tuvo el más famoso de todos ellos en el de Trento, egregios representantes; una Escuela que en Teología tenía el monumento inmortal de las dos primeras, Políglotas que señalaba nuevos derroteros a la Teología y al Derecho despojando a ambas de la aridez escolástica, y embelleciéndola en todas las galas del Renacimiento, aunque sin incurrir en ninguno de sus extravíos; una Escuela que cultivando todas las ramas de la Ciencia y aprovechando de la riqueza de los manuscritos traídos de Constantinopla, pasándolos por el tamiz de la verdad cristiana, supo evitar los escollos del neo-paganismo y del neo-cesarismo en que naufragaron los de Italia y de Francia, mientras que los de Alemania se hundieron en la sima del protestantismo; una Escuela de cuyo seno nacieron las de Alcalá y Coimbra, introduciéndose por solicitud de un hijo esclarecido saludable reforma en las de Oxford y Dellínge; una Escuela en que sin arrogancia toma por lema: *Omniium Scientiarum Princeps Salmántica Docet* bien puede asegurarse que estaba preparada para recibir al Atlante moderno y participar de la gloria del descubrimiento.

Y ahora nada importan los groseros epítetos lanzados al rostro de los doctores de Salamanca y que algunos biógrafos del Genovés hayan lanzado también juicios torcidos y deficientes narraciones, que pasando sin tropiezo por el canal de los historiadores no sólo universales, sino particulares de España, se han propagado a todo género de literatura, formando un obligado tema de descrédito para la Escuela y de ridículo para los doctores de Salamanca.

La honra de la Nación española y de su cerebro a la sazón, Salamanca, consiste en haber hallado en ella el genio,

lo que en vano buscó por todas las naciones de Europa, y al mismo tiempo recibe el premio de su fe y el galardón de sus sacrificios en pro de la civilización verdadera, satisface una necesidad de su genial carácter y especial organización, y cumple una ley de la historia general, la extensión de la unidad en derredor de toda la tierra: la semilla de la civilización llevada a bordo de las carabelas, prendió entonces con fuerza, y es ahora cuando va a ofrecer el fruto pródigo aquella siembra de ideas y de amor, que florecerá no tardando en la Confederación espiritual Hispano-Americana, una de las glorias del siglo actual, que es, sin duda, el siglo Hispano-Americano.

Es un hecho innegable que desde el viaje del ilustre Cardenal Benlloch por el Sud-América, viaje triunfal, de espiritual embajada de la madre Patria, muy provechoso para la Religión y la Patria, se ha intensificado el movimiento de aproximación afectuosa entre los pueblos de estirpe española y habla de Cervantes.

Ahora que está en moda todo lo español, que filósofos, investigadores, historiadores y literatos, profesores y artistas están realizando una labor reivindicadora de España que destruya las sombras acumuladas sobre nuestra historia por la envidia y el despecho, es de una oportunidad indiscutible la creación del Colegio Mayor Hispano-Americano, comenzando, por fortuna, los Gobiernos a obrar con decretos y leyes. En fecha memorable, el día del cumpleaños del soberano (q. D. g.), se creó el Colegio Mayor Hispano-Americano, de Sevilla, «para desarrollar —como dijo el mismo Monarca— nuestro recíproco conocimiento, y, con él, el amor entre pueblos que son unos en espíritu y en idioma, signo de expresión del pensamiento.

Precisamente se crea este colegio en Sevilla, donde está el famoso archivo de Indias, donde los documentos fehacientes de la conquista y civilización expresan a los estudiosos de América, a los que han de escribir bien documentada la historia de sus propias naciones, que está por escri-

bir. Este colegio creado recientemente por el Directorio reunirá a sus hijos de España, ya emancipados, para enseñarles la historia familiar junto al sitial de su venerada y amada Madre.

Perdonad esta digresión motivada sólo por el deseo de repetiros una vez más lo que debe constituir el sueño dorado de todo buen español, cual es, la espiritual fusión con nuestros hermanos de América; y vamos a seguir desarrollando el tema del discurso.

La sociedad del siglo xvi se transforma visiblemente y esta transformación operada por multitud de causas se hace sentir en todas las esferas de la vida, y se hace sentir, en primer lugar, en nuestra querida ciudad. Aquí se escuchó con respeto y protegió al inmortal revelador del Nuevo Mundo, digan lo que quieran los calumniadores de la escuela salmantina; siendo Salamanca el único punto de España y quizá de Europa, capaz de discutir científicamente el colosal proyecto. Así se explica también cómo el Genovés, desatendido en todas partes, sólo aquí encuentra quien le comprenda, hombres doctos que se rinden a su parecer, y sobre todo, un convento, que destruyendo la desfavorable impresión producida por la junta cortesana, logra infundir en el ánimo de Isabel una convicción tan profunda que no alcanza a desarraigar la común opinión contraria.

Esta es la gloria inmortal de Salamanca y su Escuela defendida por entusiastas e ilustres salmantinos entre los cuales figuran el laborioso bibliotecario D. Domingo Doncel, en su opúsculo titulado: *La Universidad de Salamanca en el tribunal de la historia, Colón en Salamanca*, obra utilísima a la historia patria. Otro ilustre salmantino fué don Tomás Rodríguez Pinilla en su obra *Colón en Salamanca*, prueba que sin el auxilio de los sabios de Salamanca y de los PP. Dominicos del convento de San Esteban, de esta ciudad, nunca Colón hubiese obtenido el favor de la Reina; otro célebre salmantino D. Alvaro Gil Sanz, escritor benemérito y de las personas más competentes de nuestra pro-

vincia en materias históricas; otro testimonio de gran valor por su carácter oficial con que se publicó en 1849 en la revista instructiva de la Universidad de Salamanca, escrita por los doctores y catedráticos D. Manuel Hermenegildo Dávila, honor de esta Escuela, y el no menos ilustre don Santiago Diego Madrazo y D. Salustiano Ruiz. No es de menos importancia y autoridad el testimonio del P. M. fray Pascual Sánchez, es importante porque aparte de la erudición vastísima que posee pudo recoger mejor que otro alguno, la tradición histórica acerca de este hecho.

He creído de propósito trasladar estos testimonios para que se vea, estudiando el contenido de sus trabajos, la conformidad de tan respetables autores acerca de la acogida de Colón en las conferencias de Salamanca; hay que advertir, que los profesores de la Universidad asistían a las conferencias que se celebraban en San Esteban, ya en el mismo Convento, ya en la Granja o casa de recreo que poseían los Dominicos en Valcuevo, distante dos leguas de Salamanca. en un cerro de aquellas inmediaciones, se llama todavía «Teso de Colón», en él erigió en 1866 un sencillo y elegante monumento de piedra granítica rodeada de una verja, nuestro inolvidable hoy difunto amigo y dueño de Valcuevo y Zorita D. Mariano de Solís, siguiendo los nobles impulsos de su ilustrado españolismo.

Resulta, pues, de lo expuesto, que la Universidad salmantina, al amparar a Colón para que éste llevase a cabo sus grandes designios, supo responder a su celebridad y escribe en la Historia una página digna de su gloria inmarcesible.

Admitiendo todo lo que dejamos dicho y aun conviniendo todos en que no es posible ahondar en cualquier género de conocimientos humanos, sin que se ofrezca a la consideración del estudioso lo mucho que en las diferentes disciplinas del espíritu sobresalía este *Estudio general* que por algo goza de fama imperecedera y universal; pero toda esa grandeza, todo ese cúmulo de servicios prestados a la civiliza-

ción, se refieren a los siglos pasados, a las épocas de apogeo del *Alma Mater*, a los siglos xv y xvi y todo lo más al xvii; pues en el xviii ya estaba en plena decadencia, prostración de la que no ha logrado levantarse.

No estamos ciertamente al lado de los que prorrumpen en tan jeremiacas lamentaciones; pues aunque reconocemos que en este nuestro estudio, como en todo lo humano, pueden señalarse épocas más florecientes que otras, todavía en esas en que su luz va amortiguándose, ofrece hijos ilustres que valuarán su prestigio.

Con trabajo extienden ya algunos al siglo xvii el período áureo de la Escuela salmantina, afirmando que en su segunda mitad es sensible ya en ella el estrago del mal gusto que comenzó a reinar con casi universal imperio.

Reconoceremos que en las postrimerías de tal centuria y en la siguiente, este centro del saber languidece y ocupa un menos elevado nivel medio, pero aunque las doctrinas que defiende lleven el sello de la época, todavía sigue esta casa forjando los espíritus más insignes de la época; el excelso P. Nieremberg; el jurisconsulto, Ramos del Manzano; el famoso orador, P. Paravisino; un publicista, como Fajardo; historiador, como Antonio de Solís; el gran lírico Góngora, y el ya en otro lugar mentado D. Pedro Calderón de la Barca, primer dramaturgo de la época.

Después en el siglo xviii no es menos fecundo en hombres célebres la Escuela Salmantina. Aquella resurrección del genio nacional que casi parecía imposible en el estado de aniquilamiento a que las fuerzas todas de la sociedad española habían llegado ¿a quién se debe sino a aquella inolvidable cohorte de talentos que llenaban los nombres esclarecidos de García de la Huerta y Sedano, Cadalso y Meléndez, Fr. Diego González y Juan Pablo Forner, Iglesias de la Casa y Cienfuegos, Villarroel y Sánchez Barbero? ¿De dónde habrá brotado tan brillante pléyade, regeneradora de las letras patrias, sino de la Universidad de Salamanca? Y llegan los albores del siglo xix, todo el como



sabeis de intensas agitaciones y hechos, se entabla la guerra de la independencia, de aquel grandioso y heroico esfuerzo del pueblo español, tuvo un autor digno de él; todos recordareis su nombre: D. Manuel José Quintana, poeta insigne que tuvo ¿cómo no? estrechos vínculos con la Universidad famosa.

El recuerdo de los hechos y de los hombres del último siglo por estar tan próximos, vive en las memorias de todos, no es necesario sacar a plaza todas las glorias salmantinas de la pasada centuria. Astro de primera magnitud fué el inolvidable D. Ventura Ruiz Aguilera, peregrino ingenio gloria de Salamanca; hijos de esta escuela fueron Donoso Cortés y Martín Herrera, Madrazo y Laverde, Ruiz Carvajal y Maisonave, Gil Sanz y Hernández de la Rúa, Villar y Sánchez Ruano, Doyagüe y Cardenal Cuesta, Pinilla y La Fuente, Huerta y Doncel, Covarrubias y López Sánchez y tantos como pudiera citarse.

Al periodo revolucionario se debe también que Salamanca cuente entre sus hijos al enamorado cantor de nuestras glorias nacionales el Dr. D. Francisco Sánchez de Castro, famoso orador, al que tributaron aplausos la juventud entusiasmada por su elocuencia, los católicos y prelados en el Congreso Católico; algunos de nosotros tuvimos ocasión de apreciar la elocuencia soberana, la crítica profunda, el amor a nuestras glorias literarias en el discurso que en este Paraninfo leyó, llevando la representación del Claustro en la junta que la Universidad solemnizó el segundo Centenario de la muerte de D. Pedro Calderón de la Barca. De lo que significan en la historia del saber hispano los salmantinos ilustres maestros de esta Universidad en nuestros días, muchos ya fallecidos y otros aún por ventura viven, que no citamos por no incurrir en lamentables omisiones y no hacer fatigosa y prolija la enumeración.

Terminada esta brevísima reseña de las glorias de esta Escuela, vamos a ocuparnos de su riqueza bibliográfica, digno complemento de su glorioso renombre. En efecto: la

biblioteca universitaria de Salamanca es un copioso arsenal donde se conservan preciosísimas obras pertenecientes a todas las disciplinas, a todos los ramos de la sabiduría humana, pero sobre todo es abundantísima en los clásicos y obras de Filósofos y Teólogos. Toda la ciencia de la edad Media y de la Moderna, puede decirse que entre sus muros se guarda; es tal la copia de los libros de pasados tiempos que existen en nuestra biblioteca, que a pesar del celo de su dignísimo Jefe y de los ilustrados oficiales que en ella laboran sin descanso, aún no se ha logrado dar cima enteramente a sus trabajos de catalogación. Sin embargo, este espléndido arsenal de ciencia ofrece también las lagunas, aunque éstas puede decirse que se contraen sólo a la época contemporánea; faltan muchos libros interesantes que en nuestros días han visto la luz pública, y ello es debido a la insignificante dotación (casi irrisoria) que del Estado recibe y que de todas veras desearíamos ver aumentada para bien de la cultura patria que en estos venerandos lugares muy principalmente se fragua. Estas lagunas no pueden menos de haberse patentizado con motivo del Congreso de Ciencias celebrado hace dos años bajo la presidencia del Soberano; estos Congresos que tanto avance marcan en todas las cuestiones de difusión cultural, terminó sus interesantes sesiones, sin que una sola voz se alzase para protestar en la sección correspondiente contra este injustificado abandono, pidiendo para la biblioteca lo que decorosamente le corresponde. Los congresistas salmantinos, dando una alta prueba de delicadeza, nada pidieron para la nuestra, uniendo en cambio su voto a las que solicitaron una rápida mejora en el archivo de Simancas, fuente inagotable de investigación histórica.

Para dar una idea solamente del tesoro que la biblioteca encierra, empezaremos por decir que en ella hay cuatrocientos setenta incunables que hablan elocuentemente de su importancia tipográfica y son unas de las joyas más preciadas.

La pasión de algunos por los libros antiguos llega a tal

punto, que como ha dicho un moderno bibliófilo, la bibliografía degenera muchas veces en una verdadera bibliomanía, y ésta, a nuestro juicio, aplicada a los libros antiguos e incunables, no es otra cosa que la antitesis del *Recedant vetera, nova sint omnia*. Para los tales, el libro que no cuenta algunos siglos de fecha, se mira con desdén y se le ve andar a caza de infolios, pergaminos y manuscritos, así por ferias y almonedas como por los puestos de los libros, con la misma ansiedad y ojo avizador con que los mineros llegan hasta el oculto filón, sueño dorado de sus más halagüeñas esperanzas.

Después de esta breve digresión, decíamos hace un momento, que esta biblioteca es sobre todo rica y abundosa en obras de Filología, Filosofía y Humanidades, y aun a trueque de repetiros lo que todos acaso sepáis, quiero recordaros alguna de las muchísimas fuentes de que podéis disponer para el estudio de tan altas disciplinas.

La expresión más acabada para el estudio de la ciencia de Dios, lo constituyen las obras de Santo Tomás de Aquino; pues bien, de ellas tenemos magníficas ediciones, y la misma de Aristóteles que, como no ignoráis, fué en mucho inspirador del Angélico Doctor y de toda la Escolástica; talento culminante, cuyos escritos hicieron sudar las prensas del siglo xv y xvi; fueron tantas y tan variadas sus ediciones, que se escribió alguna sola con el fin único de enumerarlas y referirlas. Al hablar de Santo Tomás recordamos, naturalmente, a los dominicos notables en aquellos tiempos de controversia y los que precedieron por su predicación y escritos contra los Albigenses: esta lucha abrió un ancho campo a la inteligencia, presentándose gran número de escritores y combatientes de que hay muestras en la sección teológica, sin que falten tampoco de los agustinos, franciscanos y otras órdenes religiosas.

Pedro Lombardo y su obra *El libro de las sentencias*, es quizá una de las más favorecidas y la que se ha visto explicada y comentada por algunos Santos y Doctores de la Iglesia.

En la sección filosófica cábele la gloria al genio singular de Aristóteles, que siendo por una parte vasto y profundo y teniendo el poder de abarcar y contemplar lo infinito, dilató los espacios de la inteligencia humana; genio enciclopédico que no sólo se vió reproducido en su misma lengua y por medio de correctas ediciones, sino que también de que sus obras han sido comentadas por los grandes teólogos y expositores de la Iglesia, entre los cuales descuella como el sol, entre los demás astros, la figura ya mencionada del Angélico Doctor. Leed sus obras y veréis que si escribe de poética, es para imponer reglas; unidades, si de elocuencia, las de la retórica; y cuando llega a la razón la concreta y reduce a la forma sintética del silogismo.

De casi todos los innumerables comentaristas del gran filósofo griego conservamos obras, así también de los glosadores del Doctor Angélico, expositores, etc., que podremos consultar siempre y en sus mejores fuentes toda la ciencia.

Antes de dar por terminada la reseña de las obras que vamos enumerando, apuntaremos también que en ella figura la del escritor ultramontano Juan de Torquemada (*Turrecremata*) y las de su antagonista —lumbrera de esta Escuela—, Alfonso de Madrigal (*el Tostado*), que tan alta y bien sentada dejó su reputación de saber y profunda ciencia teológica en el Concilio de Basilea, defendiendo doctrinas más conformes con los cánones antiguos de la Iglesia, que la de los ultramontanos escritores a quienes representaba Torquemada. Magníficas ediciones de la Biblia en todos los idiomas a que el Libro Santo ha sido traducido, destacándose una magnífica, en seis cuerpos, folio mayor, letra de texto semivocal y con notas y postillas, del célebre Nicolás de Lira, el Brugense y otros distinguidos expositores de aquel tiempo, que pueden consultar cuantos deseen conocer las sagradas letras.

De aquí pasamos a la literatura clásica; es tanta y tan espléndida la riqueza que nuestra biblioteca ofrece, que sólo

podemos encarecerla diciendo que todas o casi todas las obras de los escritores griegos y romanos que el tiempo ha respetado, tienen en ella representación. Otro tanto puede afirmarse de las producciones de la literatura hispano-latina.

Así, pues, todos cuantos sientan devoción para el estudio de las Humanidades, acudan a este arsenal copiosísimo, en la seguridad de que han de encontrar los más preciosos y claros testimonios de la cultura clásica, acudan a él especialmente los alumnos de Filosofía y Letras para intensificar sus estudios, para elaborar, por ejemplo, en las tesis doctorales y para cualquier linaje de investigaciones que hayan de hacer sobre la sabia antigüedad.

En fin, de lo que se sabe hoy existente en España del siglo xv, aun con la variada y escogida librería del excelentísimo señor Marqués de Morante, que en la clásica literatura romana es una especialidad, como nos lo ha dado a conocer en los ocho tomos de que se compone su bien escrito Catálogo, creo que ninguna biblioteca ni librería puede rivalizar con la de esta Escuela, y que quizá sea más rica y variada en las ediciones de los siglos xvi y xvii.

Aquí, en efecto, resaltan los escritores españoles de la dominación romana, como más merecedores de la predilección que les debe el país en que nacieron y la honraron con sus escritos; por eso Lucano y Marcial, Melo y Quintiliano y los Sénecas, figuraron al lado de Ovidio, Horacio, Plauto, Terencio, Cicerón, y, por último, los historiadores que inmortalizaron el siglo de Augusto.

También de la época del Renacimiento que se caracterizaba tanto por su acción al libro, conservamos un riquísimo legado en nuestra librería, en la cual figuran múltiples y bellas ediciones de las obras inmortales de Dante, Petrarca y Boccaccio; pero el afán de investigar de aquellos tiempos, en que el descubrimiento de un manuscrito hacía tanta sensación como la conquista de un reino, y que era protegido por los Papas, Reyes y grandes, sobresalen mucho más

todavía con las producciones que de la antigüedad salvaron, restablecieron y propagaron a costa de inmensos sacrificios.

Los gramáticos como Valla, Prisciano, Peroto, Gaza, el gran maestro Nebrija y otros tienen no escasa participación; así también como los retóricos y oradores entre los cuales no debemos olvidar, en honra de esta Escuela, a los sicilianos Lucio Flaminio por sus oraciones pronunciadas en ella como individuo de su gremio y claustro, y a Lucio Marineo que desde Italia vino a desempeñar la enseñanza en esta Escuela.

Los historiadores y poetas no son menos notables, alternando y figurando entre los primeros el genio de nuestros españoles, que brillaban ya con fama en aquella nación: tal, por ejemplo, el obispo D. Rodrigo Sánchez de Arévalo con su compendiosa *Historia Hispánica* y algunas otras obras de los incunables publicadas en Roma por aquel tiempo. Los astrónomos están representados por Claudio Tolomeo hasta Clarobosco, Regiononte y algunos más; entre ellos resalta la esclarecida gloria del sabio rey Alfonso de Castilla con sus famosas tablas astronómicas, que sirvieron de guía a todos los navegantes de la Edad Media, a quien con razón puede llamarse el padre de la astronomía en nuestra patria. La música tiene en Gaforo una obra notable; y Boecio, Fabio Stapulense, Pico de la Mirandula y otros.

En las crónicas, con preciosos grabados, figuran las magníficas obras de Arman Schedel, y los viajes en uno de los más antiguos, verificado a tierra Santa, escrito por Bernardo Breydembechio, singularmente ilustrado.

Para que no falte nada, en esta colección que vamos haciendo, hasta el bello sexo y Su Santidad personificada en una obra de Santa Catalina de Sena.

Y con respecto a la sección de libros en romance castellano de un siglo en que la lengua puede decirse que estaba todavía en su cuna, figuran algunos que no se escribían mejores, comparativamente en el extranjero por aquellos tiempos.

Examínese sino el Centon Epistolario del Bachiller Fernán Pérez, de Ciudad Real, y se hallará un libro precioso.

Ninguna cita, al tratarse de libros, creemos más oportuna y que revele las sombras que oscurecieron aquellos tiempos, las cuales ensancharon sus límites y dominación al paso que evidencia el precoz despojo del ingenio español, de que tantas y tan diversas muestras siglos antes había dado un Rey de Castilla, a quien no en vano, sino justamente, apellidaron el Sabio. El Marqués de Villena, tiene también aquí su cabida en uno de los pocos libros que quizá le salvaron de la quema decretada por el Obispo de Cuenca.

El Oracional, de Fernán Pérez de Guzmán, y el *El Doctrinal de Caballeros*, del famoso Obispo de Burgos, Alfonso de Santa María; alguna obra de Medicina, las traducciones de Plutarco, por Alfonso de Palencia, con algunas obras de Rodríguez de Almela y Ferranto, evidencia que, después de las obras griegas y latinas, corresponde de derecho a las Castellanas el tercer lugar en esta biblioteca.

Bien desearía decir algo de las diversas ediciones contenidas en esta Biblioteca y que como asunto tipográfico, enlazado con los orígenes de la imprenta, merece llamar la atención, pero los límites de estos discursos me lo impiden.

Concívase fácilmente, que en ninguna época mejor que en la del Renacimiento de las letras, se descubriera el medio más prodigioso de difundirlas; y que mientras la Europa, particularmente la Italia, con increíble asiduidad se afanaba por el descubrimiento y corrección de los antiguos códices griegos y latinos, envueltos y perdidos en la barbarie y obscuridad de los tiempos precedentes; los alemanes, profundamente pensadores, favorecieron aquel movimiento literario y fueron los primeros en descubrir un arte, sin el cual no era posible darle todo el empuje y propagación necesaria.

Ya sabemos los medios difíciles, costosos y perecederos de que la antigüedad tuvo que valerse para transmitir a la

posterioridad la suma de sus conocimientos; y que a pesar de ellos, y ser tan varios y consistentes algunos, aún hoy lamentamos sus irreparables pérdidas; pues bien con el recurso de la imprenta, los fijamos y trasmitimos a la posteridad y les multiplicamos maravillosamente.

Ni la escritura, pintura, escultura y arquitectura, sirvieron para extender y perpetuar nuestras ideas, pereciendo, más pronto o más tarde, lo que se consiguió en ellas; sólo el célebre Juan de Gutenberg y sus compañeros acertaron a idear el medio de que las obras de la inteligencia humana (como el sol que nos alumbra), fueran perennes y duraderas hasta la destrucción universal.

Ya quedó antes apuntado que avaloran la biblioteca de esta Escuela 470 incunables, ahora añadiremos que entre ellos hay algunos curiosísimos y muy raros; sólo haremos referencia particularizando alguno de ellos, porque no creemos pertinente descender a muchos detalles, ya que nuestro deseo se contrae a indicar someramente a los estudiosos los materiales con que puede contar su ilustrada aspiración del saber; será, pues, suficiente que afirmemos que es muy lucida la representación tanto del período áureo como de las literaturas hermanas.

Para que se vea cómo llegaron a esta Universidad en los primeros tiempos de la imprenta, libros de casi todas las partes en que se estableció el prodigioso invento, consignaremos el hecho de existir en la biblioteca obras impresas en más de cuarenta ciudades de Alemania, Italia, Francia y España, ejecutadas por ciento ochenta y tantos tipógrafos, que publicaron sus nombres en las mismas obras, sin contar los que lo ocultaron, según costumbre de aquellos tiempos, y con los cuales de seguro pasan de doscientos sólo en esta biblioteca.

Por regla general en la lengua griega son casi todas las ediciones aquí contenidas, de buen gusto, sumamente raras y recomendables. En las ediciones latinas, como son tantas y constituyen las tres cuartas partes de esta biblio-

teca, se encuentran en ellas todo lo que apetecer se puede para el estudio del origen, progreso, desarrollo y propagación del arte tipográfico, teniéndolas de casi todos los impresores; principian algunas ediciones en la década séptima del siglo xv y concluyendo con el último año del referido siglo.

Son las más antiguas las del Obispo Palentino, D. Rodrigo Sánchez de Arévalo, titulada *Speculum vitae humanae*, tres ejemplares, y la *Historia Compendiosa hispánica*, del año 1469, obra que vale mucho por ser de los libros más antiguos de esta biblioteca y de los primitivos tiempos de la imprenta; obra muy rara y singular, estimada en el siglo xv, es la titulada *Fasciculus temporum omnes antiquorum chrónicas complectens*, sin nombre del autor, pero que la escribió un fraile cartujo, llamado Werner Laerio; hay cinco o seis ediciones a contar desde el año 1480 en adelante, una de ellas tan preciosa, que bien podía pasar por una de las ediciones del día; otra de ellas tiene la circunstancia de haber sido la primera en que se usaron las cifras árabes de Marsilio Ficino Florentino. También las hay ilustradas con todo el lujo posible en aquellos tiempos y llenas de grabados que corrían parejas con la imprenta.

Abundan también las *Edictio princeps*, tan solicitadas por los bibliófilos, y entre otras que podríamos enumerar, tenemos las griegas de Homero que fueron impresas en Florencia por los años de 1488 o las de Callimacho y Enrípides, que poco después salieron a luz de las prensas de la misma ciudad o alguna veneciana de Aldo Manucio Romano.

De las latinas la *Chronicae Hungarorum*, de Juan Ihvvoez, húngaro, con multitud de retratos de sus reyes, en impresión lujosa hecha por Erhardo Radholt, año de 1482, o la magnífica del Florentino Sancti Mathei, que publicaron en Sevilla los hermanos Colonies y consocios, en folio mayor, año de 1491, y que es obra que honra a la tipografía

española; o el *Confutatorium errorum contra claves Ecclesiae*, de Pedro Ximénez de Prexano, publicada en Toledo por Juan Vasqui, el año 1486.

Y de las castellanas el *Valerio de los Storias scolasticas*, de Diego Rodríguez de Alcalá, publicada en Murcia por el maestro Lope de la Roca el año 1487; o el *Libro de la vida de Nuestro Señor Jhesu-christo*, compuesto y ordenado por Fr. Francisco Ximénez, Patriarca de Jerusalén, impresa en Granada el año 1426 por Meynardo Urgot y Juan de Nuremberga a expensas de Fr. Fernando de Talavera, primer Arzobispo de dicha ciudad.

Y respecto a las ediciones de Salamanca, donde también vinieron a establecerse alemanes, que introdujeron el arte tipográfico (entre ellos Juan Jisser de Silgeustal y Leonardo Alemán), asociado este último con un español llamado Lope Sanz, de Navarra, los citamos no por el mérito singular de sus ediciones, que no pasan de la medianía, sino porque al tratarse de incunables (lo son ya todos los del siglo xv, a juicio de los bibliófilos), sería injusto olvidar los de casa por los de fuera; sin embargo, entre dos o tres tipógrafos salmantinos que tuvieron la modestia de ocultarnos sus nombres hay una obra que merece particular mención: nos referimos a las *Ordenanzas reales* que los Reyes Católicos mandaron copiar y ordenar al célebre jurisconsulto español D. Alonso Díaz de Montalvo, oidor de su Audiencia, cuya obra impresa en esta ciudad el último año del siglo xv, son, a no dudarlo, la mejor edición salmantina de las que contiene esta biblioteca y que revelan un gusto y combinación tipográfica, algo más superior al de otras ediciones españolas de aquel tiempo.

Para hacer punto en esta materia, consignaremos que muchos de estos antiguos libros llevan notas eruditísimas debidas a ilustres profesores de esta Casa, como Fernán Núñez (el Comendador Pinciano), Lucio Marineo y Lucio Flaminio, Siculos, Nebrija, Barbosa, Covarrubias y otros varones doctos que brillaban en esta Escuela comentando y

anotando estos libros. Lo cierto es que superabundan en ellos estas clases de ilustraciones, y que datan algunas del mismo siglo xv y siguiente; en libros griegos hállase alguno de tan anchas márgenes, que en ellas tiene la traducción latina, y otras letras manuscritas de diferentes anotadores.

Como procedentes de los grandes Centros del saber que se agruparon en esta Escuela para darla brillo y esplendor, no es extraño presente tanta riqueza en este género; por eso vemos aquí reunidos los libros de las escogidas bibliotecas que tenían los Colegios Mayores, y entre ellos la de San Bartolomé, superior a las demás, las de los Conventos en que eran notables las librerías de los PP. Dominicos y Jesuítas, pero así como la de estos últimos se trasladó íntegra a esta Universidad, por las acertadas medidas que se adoptaron al tiempo de su expulsión. ¡Cuánta pérdida, cuánto desastre hubo que lamentar, y estamos ahora notando por la confusión y desconcierto con que se recogieron los libros en la época de la exclaustación! Cierro que no se había despertado todavía la afición bibliográfica que ahora reina, que las circunstancias fueron difíciles, espinosas, y que si no se respetaron los monumentos y arquitectónicas glorias de Salamanca, mal podían salvarse los folios y manuscritos; aún así, en lo poco recogido, mal conservado y ordenado, lo que existe revela todavía la importancia, el valor inmenso que tuvieron los libros, donde las ciencias y las artes llegaron al mas alto grado de esplendor.

Brevemente, como es nuestro propósito, hemos llamado la atención sobre el gran caudal de obras que la biblioteca Universitaria y Provincial de Salamanca encierra, quien desee datos más particulares y concretos los hallará en las siguientes obras:

Biblioteca Greca, de Juan Alberto Fabricio; en la *Bibliothèque Francaise*, de Duvercher; en el *Repertorium bibliographicum*, de Luis Flani; en la *Croix*, de Maine; en la *Bi-*

bibliothèque historique de la France, de Selong y sus continuadores; en el *Manual de Libraire*, de Mr. Charles Brunet; en el *Dictionnaire de anonymes et pseudonymes*, de A. Barbier; en la *France litteraire*, en la *Enclopedia*, en *Bibliothecaire*, de J. M. Querard; en el *Dictionnaire bibliographique historique et Critique des livres rares précieux, etc.*; en el *Catálogo de libros del ilustrado Marqués de Morante*, y otras muchas que pudieran citarse.

* * *

Aquí puede incluirse, también, la biblioteca tan copiosa e interesante que legó en época reciente a esta Universidad, el filántropo e ilustre Doctor de esta Escuela, D. Lorenzo Velasco, cuyo detallado estudio y catalogación debido al celoso e ilustrado Sr. Jefe de la biblioteca, dió a conocer a las autoridades académicas y civiles, el día solemne que se inauguró dicha biblioteca.

En fin, y reasumiendo, diremos que una biblioteca de cuatrocientas y tantas obras incunables, producto de igual número, o acaso más, de autores, expositores, traductores y comentadores de ellos, de clásicos Griegos y Romanos, y de la época del renacimiento de las letras hasta finalizar el siglo xv se recomienda por sí misma, y es un monumento bibliográfico que constituye el más rico tesoro de esta biblioteca, salvado milagrosamente de las vicisitudes de los tiempos u oscurecido entre la multitud de volúmenes de que se compone aquélla, y que debe llamar en lo sucesivo, por su importancia, la atención de los bibliófilos y apasionados a los libros antiguos y raros. La Universidad de Salamanca, sin rival en este período, reclama su pasada nombradía y el lugar que de derecho le corresponde en la Ciencia bibliográfica, por ser de las primeras y más antiguas que existen, y una de las que más necesitan hoy la acción protectora del Gobierno.

Ligeramente hemos hablado sobre el tema siempre viejo y siempre nuevo, y en todo caso muy grato de los méritos

singulares de esta Escuela veneranda, cuya preclara historia nos enorgullece tanto y con la obligada brevedad hemos indicado el inmenso manantial bibliográfico. ¿Qué debemos sacar en consecuencia de todo lo expuesto? Pues una fe arraigada en el porvenir, y un saludable optimismo.

No formamos nosotros ciertamente en el número de esos espíritus pusilánimes y asustadizos que están a todas horas temiendo el futuro y que se inquietan pensando en una posible supresión de Facultades y tratan de empequeñecer y mutilar el campo de acción de esta gloriosa Escuela; es de insensatos el que se angustia por lo incierto de mañana: el optimismo es la ley suprema. ¿Y cómo, en efecto, hemos de participar de tales pesimismo y temores teniendo presente las palabras de nuestro amado Rey D. Alfonso XIII, pronunciadas en este augusto recinto con ocasión del Doctorado «honoris causa», de Santa Teresa de Jesús? Repitamos algunas de sus palabras por ser alentadoras y elocuentes del querido Soberano, para que todos comprendan los sólidos fundamentos de nuestra confianza. «Los hombres sin cultura son barcos sin timón; la Universidad instruye y educa, forma ciudadanos y es interés de todos que llegue muy pronto un día en que pueda decirse en Europa de Salamanca, lo que hace siglos se dijo»; así habla el Rey, como habló a nuestro Rector, al expresarle el reconocimiento de esta Escuela por el alto honor de inaugurar el curso pasado el Príncipe de Asturias, son sus palabras: «El honor y satisfacción eran para él, pues la Universidad de Salamanca le inspiraba profundo respeto, simpatía y estimación, y tenía a honor el que el primer acto oficial a que asistía su Augusto hijo, fuese en Salamanca y en su Universidad».

Ya veis, señores, si podemos descansar en sus palabras, palabras de cariño y predilección, como descansaron nuestros antepasados en las que pronunció el gran Carlos V al visitar esta célebre Escuela, de la que dijo el Emperador que era el tesoro de donde proveía a sus reinos de justicia y de Gobierno.

Por todas estas razones, siendo siempre optimista respecto al porvenir de esta Escuela preclara, a cuya gloria histórica rinde culto patriótico el Gobierno actual, no temo nada que sea para mengua de nuestra Universidad. Surgen en cada página figuras de hombres, algunos todavía viven, que eran cerebros directores de la opinión. Salmantinos, que dejando a un lado comodidades caseras, salían todos los días al palenque de la lucha, y que en Academias, en Ateneos, en Asociaciones y en Círculos, en la tribuna y en la prensa no se discutía más tema que la necesaria, beneficiosa, urgente transformación de la Ciudad en sus servicios más fundamentales. Y en torno de este afán por la Ciudad, aquellos hombres que ejercían influencia en la opinión, volvieron amorosamente los ojos hacia la Universidad, cerebro y vida de Salamanca y guía espiritual de todos.

Ahora, precisamente, se trata de constituir una Agrupación de Amigos de la Universidad; corre hoy de mano en mano de hombres de letras, un proyecto de reglamento de constitución de dicha sociedad; pronto cristalizará en una Asamblea que tiene por misión y por deber cultural, el procurar que se conserve el espíritu universitario de esta Ciudad, y que se fomente el amor y cariño a su gloriosa Escuela.

Pero no ya sólo en los españoles alienta el deseo de que Salamanca y su Universidad los alcancen de nuevo su pasado esplendor, sino que también extranjeros participan de esa noble aspiración; un publicista que se distinguió por su cariño a las cosas de España, Mr. Maurice Legendre, Secretario del Instituto Francés, en Madrid, envió a la importante revista de París, *Le correspondant*, una detallada crónica del Doctorado, *Honoris causa*, de Santa Teresa en 1922, bajo la presidencia de los Reyes.

Y contiene los siguientes notables párrafos: «Por nuestra parte, dice, creemos en el porvenir de la Universidad de Salamanca, pero la poderosa intervención de Santa Teresa, es indispensable para que renazca el siglo de oro».

«Salamanca es hoy todavía, espiritualmente, una capital; la tradición española se conserva allí en un cuadro admirable, viviente; y porque es viviente halla contradicción y conflictos, fuera de los cuales, no se puede sobrevivir de una época de la historia a la otra». «Quiera Dios que se utilicen los progresos de nuestra época para dotar a Salamanca de comunicaciones y que debe hacer de ella un centro privilegiado donde se reunieron todos los que tienen alguna devoción por la belleza de los monumentos, por la grandeza del pasado y por los estudios de historia y de moral recogidos en las fuentes más venerables».

Expuesto lo anterior, nos parece que lejos de pensar en supresiones, que a esta Escuela afecten, estamos en el caso de pedir para ella las enseñanzas completas, incluso el Doctorado, de la Facultad de Letras, de Filosofía, de Historia y de Derecho, y en el de solicitar también la formación de Centros de Estudios Históricos y Filológicos, cuyo establecimiento había de dar fecundos e inmediatos resultados, puesto que de antemano se cuenta con una gran riqueza de obras clásicas y con laboriosos y competentes maestros.

Y séanos permitido también de los que tenemos algunos años de experiencia en el profesorado oficial, expresar nuestra modesta opinión, contraria a la de los catedráticos que piden la supresión de Centros docentes, fundándose exclusivamente en el criterio numérico de los alumnos matriculados. Ese criterio de medir la utilidad por el número de alumnos que pagan la enseñanza que reciben, se explica bien en los Colegios privados.

Pero el Estado que debe sufragar los gastos de la enseñanza oficial, no puede compartir ese criterio de una asociación privada que se dedique a la enseñanza como función retribuida. Tenemos miedo a que baje la matrícula; es una verdadera aberración al hacer depender la vida de la Universidad del mayor o menor rendimiento material que produzca al Estado.

Todo, pues, viene en alivio del optimismo y de la fe en el porvenir de esta vieja Escuela, optimismo y fe que hemos querido que informe estas líneas consagradas a su pasado glorioso. Deseamos para la Universidad Española y para esta nuestra en particular, una bien entendida Autonomía, que libre a los Centros superiores de la enseñanza de la uniformidad y del rutinarismo que hoy padecemos, debido a ese sistema centralista, absorbente, que no permite a los Claustros Universitarios arreglar por sí mismo los planes de estudio, la fijación de las disciplinas que crean indispensables y de aquellas otras que estimen complementarias para el desenvolvimiento de los conocimientos humanos diversificados en cada caso por multitud de factores históricos, regionales, etc. Esa Autonomía sacaría del marasmo actual, las actuales Universidades que hoy cuentan con claustros brillantes de Catedráticos, pero que amarrados a la vida central administrativa, no sienten el estímulo de la propia personalidad que actúa, que se orienta y busca, sin necesidad del expediente, campos en que dar más amplitud a sus generosas aspiraciones científicas.

Universidad independiente en España señala la época de su mayor adelanto científico; su absorción por el Estado, en cambio, dió al traste con aquel florecimiento envidiado por otras naciones, que recogiendo la base de semejante estado la llevaron a su régimen docente, mientras que nosotros abandonábamos lo que lugar fué en donde surgieron nuestras mayores glorias. De una sabia y cristiana autonomía gozó esta Escuela en sus mejores tiempos y los frutos que proporcionó a la civilización patria, y mejor diremos a la Universidad, es una excelente prueba de lo que puede alcanzarse en un régimen de prudente libertad. Recordad aquellos estudios de Salamanca que brotaban de la vida interior y que fueron capaces de hacer sabios.

La enseñanza universitaria fué grande, mientras fué libre, pero desde que los Gobiernos la subyugaron, bajo el

pretexto de protegerla, se vició, como hemos dicho, de su rutinarismo y uniformidad lamentable.

Así, yo confío que de la misma Universidad actual, podría salir la restauración de la Universidad española, haciendo lo que hacía aquel Estudio de Salamanca, cuando la dejaban vivir en libertad, y los Reyes, y los Papas, se cuidaban sólo de concederlas privilegios, cuando aquel estudio formaba a los maestros dentro de la Casa, en amor y en saber; cuando en aquel estudio en retiro, sin bullicio, los mismos escolares tenían prudencia y acierto para elegir sus mentores; estas son nuestras legítimas aspiraciones. Para esto, necesitamos la paz, la verdadera amiga del saber y del estudio, la paz interior, la quietud del ánimo que permita a la nación española pensar en su reconstitución.

Si estamos siempre en zozobras y sobresaltos no hay esperanza de firme progreso y adelanto.

Se dice, y hay que reconocer con pena, que en nuestros días nada nos queda, sino los recuerdos de nuestro glorioso pasado; pues si así es, no lo despreciemos, antes bien, deleitémonos con tales rememoraciones, que estos recuerdos, en un pueblo, son como dice Balmes, lo que en una familia caída los títulos de su antigua nobleza, elevan el espíritu, fortifican en la adversidad y alimentando en el corazón la esperanza, sirven a preparar un nuevo porvenir. Tenemos, en efecto, lo que no puede comprarse con todo el oro del mundo, ni pueden conquistar todos los ejércitos reunidos, ni todos los sabios podrían demostrarnos lo contrario: tenemos una tradición gloriosa, pero por aquello de nobleza obliga, pongamos todo nuestro entusiasmo en hacernos dignos del pasado.

He terminado, señores: réstame solamente despedirme de la juventud querida y como los viejos no podemos hacer otra cosa que señalar un objetivo a la actividad y a la aplicación de nuestros sucesores, a vosotros, jóvenes alumnos, esperanza de la patria me dirijo: laborad con fe y sin

desmayo, y llegaréis a ver satisfechas vuestras aspiraciones por nobles y levantadas que ellas sean.

El hombre laborioso, ya lo sabéis, experimenta los placeres más puros, contribuye a la paz, al engrandecimiento y a la prosperidad de la Patria: porque como dijo mejor que yo os lo pudiera expresar, el gran cantor de *El Ama*:

El trabajo es virtud, es armonía,
Es levadura del placer humano,
Fuente del bien, secreto de la suerte,
Deber del hombre sano
Y honra del varón fuerte.

Ahora bien, si todo trabajo es laudable, y si todo honrado esfuerzo es meritorio, vosotros, estudiantes, os ejercitáis en las labores más nobles y distinguidas, hacéis del cultivo de la inteligencia de la adquisición de la verdad, el norte de vuestros afanes, y si con celo gastáis vuestras juveniles energías en la conquista del saber, os capacitáis para ser mañana los directores del Pueblo y seréis el ornato mejor de la Patria.

Amadla fervorosamente mientras en ella estéis y después también a la Universidad, a esta *Alma Mater*, que os recibe cariñosa para nutrir vuestras inteligencias en las enseñanzas de sus maestros. Ella no os pregunta de dónde procedéis, no hay en ella otras jerarquías que las debidas al talento y al trabajo. Respetad siempre los fueros de la razón humana, pero no traspaséis sus verdaderos límites; conservad pura y sin mancilla la fe de vuestros mayores; nunca olvidéis que además de las verdades del orden natural, existen las del orden sobrenatural que exceden las fuerzas de la razón humana en obsequio razonable a la autoridad de Dios, de quien proceden unas y otras como verdad eterna e infalible.

Si con tan puros ideales vivís y camináis por la indicada senda, confiad en que no quedarán sin recompensa vuestros afanes y sin premio vuestras virtudes y la posteridad bendecirá y enaltecerá vuestra memoria.

HE DICHO.

X64022436X
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403409914

